



Luego, cuando los hechos se manifestaron abiertamente irreversibles, todo el mundo quiso arrogarse el protagonismo de haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no habría tenido por qué revestir la menor importancia ya que era, según todas las apariencias, de índole menor habida cuenta de que consistió en algo tan cotidiano como lo es el que un despertador no funcione.

—Y más considerando... — el presidente interrumpió la lectura del memorándum y se quitó las gafas con la mano derecha, se presionó los lagrimales con el índice y el pulgar de la izquierda y, tras un breve suspiro, dedicó una mirada lenta, algo cansina, a la mujer que tenía enfrente —, considerando, mi querida señora, que nada obligaba a la encausada a saltar de la cama a las... — volvió a colocarse las gafas y barajó los papeles en busca de...

— Las 5:35 de la madrugada — declaró desde el fondo de la sala una voz masculina alta, clara y bien timbrada.

— ¡Exacto! — El presidente constató con un cierto regocijo que había encontrado el renglón que buscaba un par de décimas de segundos antes de que la voz se elevara —; las 5:35 de la madrugada y a nuestra encausada, aquí presente, no había nada que la obligase a levantarse de la cama ¿Dónde está, pues, el drama?

Y se quitó las gafas.

— ¡Cielo santo, mi clienta no lo sabe! — protestó con viveza un caballero de cabello canoso que ejercía los días lluviosos como abogado — Al drama, señoría, se le había perdido la pista la noche anterior, más exactamente cuando la tarde caía no propiamente sobre la ciudad, pero sí sobre un pequeño concejo aledaño a los jardines colindantes al palacio episcopal...

— Y como se daba la circunstancia de que por añadidura no era de ella ni de su incumbencia — el presidente se caló nuevamente las gafas, esta vez con el gesto expeditivo del que no está en absoluto dispuesto a que

se le lleve la contraria — entendió que no tenía sentido alguno incorporarse al equipo de búsqueda.

– Así es, señoría — respondió el caballero de cabello canoso que, a la vista de que las nubes amenazaban con dispersarse y de que algunos transeúntes cerraban sus paraguas, comenzaba a sentirse incómodo, como de prestado en su función y a preguntarse si su tono (dadas las circunstancias aun considerando que en primavera el tiempo suele ser muy loco) no debería ser algo menos vindicativo; agregó, por tanto, con prudencia —; eso entendió si bien, justo es reconocerlo, admite que su capacidad de comprensión podía andar algo mermada a causa de que, bueno, ella no oye muy bien y los vecinos estaban haciendo mucho ruido.

– “Mucho” es un tanto ambiguo — el presidente se quitó las gafas — ¿Podría nuestro señor letrado ser más preciso?

– Pues la verdad es que — el caballero se mostró dubitativo — es difícil concretar porque la cantidad, quiero decir intensidad, dependía a su vez y en cada momento de cuánta estuviera siendo la intensidad de la actividad que se estuviera llevando a cab...

– Ya, ya — el presidente jugueteó con sus gafas cruzando y descruzando las patillas unas cuatro o tal vez cinco veces, luego las mantuvo en alto sujetándolas con su mano derecha y las miró al trasluz para, acto seguido (y habiéndose percatado de que estaban algo empañadas, limpiarlas con parsimonia y un pañuelo que sin pararse en detalles que prolongarían la sesión sin necesidad ni apremio alguno podía denominarse blanco) y con gesto satisfecho, volver a ponérselas y añadir doblando el pañuelo —; con esa eventualidad, señor letrado, esta mesa ya cuenta. Ahora quisiéramos que nos pusiera al corriente de cuál, con el fin y al objeto de no dispersarnos más de lo conveniente, estaba siendo la actividad cuya consecuente intensidad se estaba interponiendo entre nuestra encausada y sus dotes de comprensión algo mermadas por causa de... ¿qué habíamos dicho?

– Sordera — repuso una mujer corpulenta de la segunda fila —; y discúlpeleme el ser tan concisa y no expresarlo de un modo más delicado

como “deficiencia auditiva”. Pero es que ando si se me permite la expresión un poco volada porque he dejado la lavadora puesta, y si nos detenemos en minucias terminará de centrifugar; y si no saco la ropa de inmediato se arrugará muchísimo. Así que, con todo el dolor de mi corazón y lamentándolo profundamente, me veo en la necesidad de intervenir, por ir abreviando, y precisar que si la capacidad de comprensión de la encausada no era la suficiente para permitirle entender que la intensidad de la actividad que daba lugar al ruido llevaba implícita la obligatoriedad de que este fuera mucho es que, la encausada, y con perdón, es una perfecta ignorante.

– Se admite “sordera” si el término no resulta ofensivo a la encausada y renuncia, por tanto, a presentar en sociedad, civil y de largo, la correspondiente protesta — declaró el presidente volviendo a quitárselas —; si por el contrario sí la ofende optando en consecuencia por proceder a la mencionada presentación, esta presidencia no declinará la responsabilidad que le compete y dictará, como no puede ser de otra manera, la oportuna serie numerada de órdenes encaminadas a, al objeto de que los fastos no queden deslucidos, desalojar la sala; pero — prosiguió, sin pausa entre “sala” y pero”; pero marcando, en este punto sí, una que so pretexto de poner en orden los papeles aprovechó para (con disimulo) no ponerse las gafas — sería de agradecer, y me encuentro en condiciones de afirmar que desde la autoridad que me confiere mi cargo se agradecería, que cuando las señoras, corpulentas o no, de la segunda fila o de cualquier otra, tengan la lavadora puesta o no y aun a riesgo de que esta se ponga a centrifugar o no en el caso improbable, pero que puede darse, de que por cualquier tipo de fallo la máquina se atasque, tomen la palabra llevadas por una muy encomiable voluntad de abreviar lo hagan, tal y como ésta corpulenta sí y de la segunda fila también lo viene de indicar y de no hacer, con brevedad.

No según las apariencias por tanto y una vez que los papeles del presidente estuvieron en orden y las gafas puestas y sí, empero, por el mucho empeño que pusieron en insistir (porque insistieron, aunque no se reflejó en el sumario por entender que podía resultar reiterativo) los que aducían, ni debido o desencadenado por algo tan genérico “como lo es (la

frase fue repetida hasta la saciedad en todos los idiomas y diferentes tonos, por activa y por pasiva, en los mercados y en los colegios y en las iglesias, por voces tan disonantes cual pudieran serlo las de las verduleras o las de las profesoras de primera enseñanza o las de los clérigos; omitiendo, empero, lo de la experiencia y pasando, asimismo, por alto quién la había vivido y quién no porque nos hallábamos, no convenía olvidarlo, ante un acontecimiento de trascendencia universal y no era cosa de andar deteniéndose en minucias ni en ésta o aquella anécdota personal) el que un despertador no funcione” sino por algo tan infinitamente más concreto como vino a resultar el serlo el que el despertador personal de la señorita Susi se parase, allí, junto a la cabecera de su cama, y al verla con los ojos abiertos preguntara si es que había llegado tarde.

– No, le respondí — contestó ella —, y cuando le dije que a juzgar por la luz que se filtraba por entre las rendijas de la persiana debía de ser la misma hora de siempre a aquella misma hora, él me contestó que...

– No es necesario que nos lo relate; la conversación que mantuvieron consta en el memorando. Lo que interesa y es incumbencia de esta sala son los motivos que la llevaron a, en contra de su costumbre, despertarse a las... — el presidente se puso las gafas³⁴ y barajó los papeles — 5:35 de la madrugada según declaración de una voz masculina, alta y bien timbrada, desde el fondo de la sala, tal y como puede leerse en los renglones 16 y 17 de la primera página.

– ¡Protesto! — intervino el letrado de cabello canoso que a la vista de que las nubes amenazaban con dispersarse y de que algunos transeúntes cerraban sus paraguas comenzaba a sentirse incómodo.

– Se admite. Pero rapidito, por favor, que hoy tenemos mucho lío.

– Protesto porque si, según termina de reseñar su señoría, la voz masculina alta y bien timbrada proveniente del fondo de la sala — y por no hablar permítaseme el inciso de que el mucho ruido que hacían los vecinos estaba más cerca de ella, sí, pero aún en la página dos, renglón once, concretamente — estaba donde su señoría termina de mencionar, la encausada no podía saberlo habida cuenta de que, hallándose ella en la

página cuatro, habría de esperar a que su memoria retrospectiva retrocediese (como su propio nombre indica) al ruido de la dos, en primer lugar, y, en segundo lugar, a las 5:35 de una madrugada en la que tuvo, por primera vez, la extraña sensación de existir y no como el personaje de ficción o inventado que bajo los característicos efectos de la confusión del reciente despertar se creyera sino como el personaje real que tuvo la plena consciencia de ser, de carne y hueso incluso, cuando, tras calzarse las zapatillas, se encaminó al cuarto de baño para hacer un pis y resbaló en el que había hecho el perro en el pasillo mientras dormía; lo que le produjo el dolor en la rabadilla que la hizo tomar la ya mencionada consciencia de ser una entidad plenamente corpórea, e incluso hablante porque, si se me permite la especificación aunque no entraré en detalles, profirió varios tacos en lo que entendió — lo que nos da indicio de ser además un ser pensante — habría de ser su lengua vernácula y en la que dudó, por cierto, si sería más conveniente (y tras hacer su propio pis) meterse en la ducha o ir en busca de la fregona para recoger el del perro que, ojitraste, la miraba con expresión culpable mientras del otro lado de la calle, junto al río, llegaba el tronar sordo de floretes blandiendo, a grandes voces, pequeños corpúsculos de colores negrísimos.

– Pues sí que es fatalidad — el presidente, temeroso de perder el renglón o los corpúsculos, colocó el índice de su mano derecha sobre los colores y, con la izquierda, **se quitó las gafas** — porque, según el expediente de validación de concordancias, no eran floretes sino compartimentos estancos que, además, sólo podían abrirse por arriba.

– Eso es muy cierto — replicó el letrado —, pero sería de agradecer por parte de mi representada, que no dudaría, se lo puedo asegurar, porque la conozco, en regalar a su señoría una caja de puros, que se reconociese la imposibilidad de tal apertura y aunque fuese nada más por arriba porque, ella, la aquí presente, carecía de la herramienta pertinente para tal fin cuando, en principio y por decoro, el aspirador había guardado un silencio, no del todo respetuoso, es verdad, pero sí a tan buen recaudo que luego y a pesar de que se lo desmontó pieza por pieza fue del todo imposible saber dónde.

– Le diría yo en tal caso y en nombre de la autoridad que me confiere mi cargo que, fíjese lo que le digo en el renglón cuarto de esta misma página sexta, y en rojo y negrita para que se vea bien y no se pase por alto, **eso podría ser un eximente** y sin prejuicio ni desdoro alguno, ha de sobreentenderse, de la legalidad vigente...

– Se sobreentiende, pero digo yo y con el permiso de su señoría y la aquiescencia, espero, de esta sala tan bien dispuesta, que si su señoría está en verdad dispuesta a, según parece, decir que eso podría ser un eximente, no parece necesario que para hacerlo haya de aguardar hasta un renglón que, sí, podría quizás ser el cuarto, pero nunca ya de esta página sexta; le solicito, por tanto y con el debido respeto, que lo diga aquí mismo y sin mayor dilación.

– Pero es que, preste un poquito de atención señor letrado, donde usted me solicita que lo diga, no puedo decirlo porque el espacio ya está ocupado por el aquí mismo y sin mayor dilación pronunciado por usted ¿No lo ve?

– Lo ve, sí, lo ve, entre la coma después de debido respeto y el punto final tras la mayor dilación de ese mismo párrafo — exclamó impaciente una joven rubia, alta, esbelta, que puesta en pie se retiró de la cara un mechón de sus cabellos rubios tirabuzonados y, echando fuego por sus preciosos ojos azules, se encaró con el presidente que, perplejo, sin comprender que estaba sucediendo, alzaba su mano en ademán de quitarse las gafas —; lo ve y usted mismo también lo vería si se pusiera las gafas que, por si no se acuerda, se quitó cinco párrafos más arriba, en el tercer renglón exactamente.

– Está bien — el presidente se puso las gafas y mirando a la joven replicó —, ya están puestas ¿Qué es lo que tengo que ver?

– ¿Qué qué tiene que ver?